

El Día de los Inocentes

Salvador Giraldo

La embestia a golpes una y otra y otra vez, a pesar de que ya estaba muerta. Quería ablandarla, que sus músculos perdiesen toda firmeza, hasta hacer de ella un coágulo de sangre que sería colgado en el metal frío de cualquier gancho de carnicería. Según él, se lo había buscado. Ella odiaba la cobardía de un hombre incapaz de defenderse. Entre insultos lo había acorralado a tal extremo que apenas Toro, como lo llamaban en el barrio, tuvo la certeza de que su irremediable cobardía era un recuerdo distante que ya no se abrazaba en forma de yugo a su cuello, se abalanzó sobre ella con su fuerza de bestia para erradicarla de la faz de la tierra.

Él siempre soñó con esa escena miles de noches, y miles de mañanas despertaba golpeando el aire frío, en tanto que la figura de su víctima, suegra y patrona, se desvanecía ante sus ojos para recordarle su insalvable cobardía. La odiaba profundamente; ella, mujer de baja estatura, encorvada por el tiempo inclemente sobre sus huesudos hombros, lo había domado a él, titán de épocas mitológicas cuando los dioses vagaban libres por la tierra de los hombres, con burlas que se le clavaron en su epidermis hasta hacer, de su nervadura hercúlea, un guiñapo. La bestia esquiva y soberbia que alguna vez fue pasó a ser un tímido ternero del tamaño de un toro. Pronto sus vecinos y compañeros de trabajo comenzaron a participar en las burlas de su enemiga, y poco a poco no fue más que un bobo grande, sin más aspiraciones en la vida que ver pasar los minutos, mientras que en la carnicería donde trabajaba se desquitaba con las reses muertas, para liberar los embates de la marejada tormentosa de su frustración.

Así se le iban los días, los meses, los años, en una vida que sentía ajena, distante y arrobada en los automatismos de la cotidianidad sin sobresaltos; no obstante, el hombre debe aprender a ser respetuoso con la bestia, y un veintiocho de diciembre, Día de los Inocentes, Toro se despertó en su ruedo rutinario con la extraña sensación de que su vida hasta ese entonces había sido una mentira, y así lo fue. Su suegra, más afable de lo común, le preparó el desayuno por primera vez; toda esa mañana lo trataría como al verdadero hombre de la casa, aunque siempre lo había juzgado de mantenido. Una tarde remota él fue un huésped suyo, de tan solo tres días en apariencia, que sin permiso extendió su estancia de forma indefinida la noche en que su hija, abrasada por el calor de la juventud, se enredó en sus sábanas, ansiosa de domar al pobre ternero que para ese momento no conocía más tetas que las de su propia mamá. Por su parte, Toro se dejó atender, y de vez en cuando olía su desayuno con el fin de corroborar que no es-

tuviese envenenado. Su suegra nada bueno se traía entre manos, pensaba. De repente, «es hora de que el hombre de la casa se haga cargo del negocio familiar», le dijo ella con una sonrisa sincera, que él sintió igual que el brillo de un puñal a la vez que recibía las llaves, metal incandescente para sus manos desconfiadas.

En la calle, la extrañeza no se desvaneció. Los vecinos lo trataron con más respeto que el profesado por aquella mujer. Le pedían consejos; parecía un patriarca que le había arrebatado la batuta tutelar del barrio a las manos arrugadas de su enemiga, la gran matriarca. En la carnicería, la escena se repetiría, sus compañeros alabaron cada uno de sus cortes a las reses y su torpe manera de hacer sumas y restas para las devueltas. Pronto el negocio se llenó de espectadores que, atentos, festejaron sus habilidades de carnicero; eran la hinchada de un equipo de fútbol que coreaba su nombre. Nada bueno se trae entre manos esta gente, pensó Toro. Sin embargo, sus pensamientos solo eran palabras duras de un corazón débil. Los halagos y el cariño derrotaron su carácter impertérrito. Olvidó los agravios pasados y se entregó, en cuerpo y alma, a representar a su nuevo personaje. Era un titán con la delicadeza de da Vinci, claro está, si hubiese sido carnicero. Cortes exquisitos por aquí, cortes exquisitos por allá, admiración, vellos erizados, corazón desenfrenado y aplausos, muchos aplausos enhebraron en su espíritu la felicidad que él, un ser de épocas divinas, merecía. De inmediato se imaginó sus días desde ahora en adelante: el orgullo de su mujer, la calidad de su vida y de su barrio mejorando por sus oportunas obras. Cambiaría los acueductos, traería días más soleados, menos de lluvia, y de repente algo lo despertó de su profunda ensoñación. Su suegra entró a la carnicería con un pastel, cuyas velas formaban el número veintiocho, a la vez que los espectadores, que ya eran tantos que no cabían en el negocio, se carcajaban y aplaudían con mayor regocijo.

¡Tucún, tucún, tucún!, resonó su corazón, que lo sentía en la boca. Náuseas, furia, tristeza, impotencia y soledad, frustrante soledad, descosieron su cuerpo de guiñapo. Ahora lo entendía todo con la terrible lucidez de los profetas: era veintiocho de diciembre, Día de los Inocentes. Todos, hasta los niños, estaban en la carnicería para burlarse de él. Una lágrima, que le supo a sal, rodó por su mejilla hasta sus labios. Miró a los espectadores, enterró su cobardía en lo más profundo de su tuétano y se abalanzó en contra de su suegra que no alcanzó a proferir palabra alguna, mientras la embestía con su fuerza de bestia a la par que gritaba: ¡feliz Día de los Inocentes! Aterrados, los espectadores se quedaron inmóviles y en silencio; entretanto, quienes no veían la escena porque estaban afuera de la carnicería, le cantaban a Toro, pletóricos, su feliz cumpleaños número veintiocho como lo había planeado su enemiga, arrepentida por tantos años de inescrupulosa injuria.